

SIN DOS MAESTROS

Estreno de LOS TIMPLAOS en el teatro de la Zarzuela.

78
—

La Opinión

EN LA ZARZUELA

SON DOS MAESTROS

30
Nov
1901

Estábamos hartos de chulos, de pescadores, de idiotas por el orden que hiciesen las delicias del público.

Afortunadamente, el Sr. Fernández Shaw y el maestro Blasco han hecho una obra que no se parece á nada de cuanto hasta la fecha se hizo en el teatro.

En algo había de conocerse la mano de autores tan distinguidos.

En la obra *Los Timplaos* no hay absolutamente nada de las ridiculeces que hay en otras obras.

La labor del maestro Blasco y la del no menos maestro, aunque sea más joven (no se ofenda el Sr. Blasco) Sr. Fernández Shaw, es una labor meritisima.

Asistimos al desarrollo y á los acontecimientos históricos de nuestra patria, servidos sin el servilismo y la adulación de las masas, de que otros autores han sacado provecho.

La psicología del individuo quizás no llegue á la altura que los psicólogos esperaban, pero, en la obra hay una psicología social, hay el alma de las masas, de una época determinada que los autores ponen de manifiesto y se la hacen sentir al público, produciendo en él la emoción estética, que es á lo que debe tender todo artista, y es, al mismo tiempo, lo más difícil de alcanzar.

Así como tratándose de otras obras se puede llegar á un análisis individual, á las teorías de Stuart Mille, en ésta abarcan tanto los autores, tienen una mirada tan amplia, que se puede decir de ellos, que aunque no descuidan al individuo, le dan poca importancia para fundirle en la Historia, en la idea social.

Nuestra vida política, nuestros estremecimientos, nuestra grandeza, nuestras miserias, nuestro carácter no pesimista, sino desdeñoso con la alegría y en la derrota, está trazado de mano maestra.

De estos maestros de la literatura puede decirse que han roto moldes, que han enaltecido el género mal llamado chico; que la gran matrona de la Historia ha revivido en su labor, y

que la fábula que sirve de base á la acción, nada significa al lado de la gran realidad de la realidad de España.

Es posible que esta que no sé si llamar crítica la encuentren mal los criticastros, porque no detalla, ni se ajusta á los clichés imbéciles usados y manoseados hasta la sociedad; pero, ¡qué le hemos de hacer! á la manada se la puede determinar, á las águilas, no.

Podríamos enumerar tal número, tal pasaje, cómo estuvieron los autores; pero como no queremos incurrir en lo trillado y en lo vulgar, no lo hacemos.

El público que paga (no el de los amigos y compadres), aplaudió á rabiar emocionado.

Todos sentíamos algo muy íntimo desde las primeras escenas, el público echaba de ver que la autoridad verdadera estaba en el proscenio, y claro está, críticos ó criticastros, todos nos hemos entregado.

El maestro Jiménez ha escrito una música llena de vida, de alma, de pasión; cuando escribió la música de esa partitura, sintió la Historia.

Los actores, cada uno dentro de su categoría, cumplieron como buenos.

Los coros, los comparsas, parecía que estaban vivificados por el hábito de la patria grande, no por esa miserable patria que ahora ponen en tela de juicio unos cuantos alucinados.

El maestro Blasco y el maestro Fernández Shaw, han imprimido un nuevo rumbo á la literatura del género chico.

Y á nosotros, que ante los hombres de verdadero talento, no nos queda otra cosa que admirarlos y aplaudirlos, le auguramos una vida muy larga á *Los Timplaos*.

Literatos y músicos, llegaron á donde se llega en muy contadas ocasiones.

J. VILA VELASCO.

que á nuestros actuales teatros se refiere que considero necesaria y urgente la labor dolorosa de no convertirse en corifeo de la actual decadencia escénica y de no coadyuvar á la prolongación del *statuo quo*, opinaría, en fin, como los espectadores de la Zarzuela, que anoche individualmente confesaban que todo los había sabido á poco y, sin embargo, parecían criados á los pechos del padre Benito á fuerza de aplaudir y de interrumpir la representación con aclamaciones y llamadas á escena. Más claro: *Caramanchel* benévolo, no tendrían *pero* que oponer á *Los Timplaos* y, aun sin benevolencia, debe hacer constar, con verdadera satisfacción, que esta zarzuela obtuvo, según todas las apariencias, un éxito grande y definitivo, y aun conviene añadir que en *Los Timplaos* hay mucho bueno y poco malo.

En resumen, ¿satisfito por completo la obra al público?

A juzgar por el éxito, sí. De atender á los comentarios del público imparcial, no del todo.

¿Hay algo que aplaudir? Sí, y no poco. La música del maestro Jiménez, especialmente en el cuadro de las barricadas; los hermosos y fáciles versos de Blasco y Fernández Shaw, tan rancieramente españoles y tan líricamente sentidos como todos los suyos; el pensamiento generoso de los autores, apologistas entusiásticos de los oscuros y valerosos mártires de la libertad, que supieron luchar y morir y dejarnos, en medio de tantas catástrofes, todas las conquistas de la democracia, selladas con sangre de héroes; el color de época, admirablemente visto y dibujado, según los que vivían antes de la Gloriosa declaraban ayer; el cuadro á la puerta de las Calatravas y el otro en la plaza de Anton Martín; y varias cosas más.

Pero, como dijo el poeta:

¿Qué tiene enfermo? ¡Nadal!

¡El pensamiento! Esto es ¡la vida entera! Con lo cual quiero decir que el interés dramático ó el conjunto gracioso, la acción esperada, la obra, en fin, no parece por ninguna parte en *Los Timplaos*, que fué aceptablemente interpretada y puesta en escena con todo el lujo y buen gusto apetecibles, por lo cual envío á Lopez Silva y á Pepe Riquelme mi felicitación más sincera.

Con otros autores, *Los Timplaos* serían dignos de celebracion.

Pero la razon social «Eusebio Blasco y Carlos Fernández Shaw» me parece *mucho poeta* para tan poca obra.

Y ahora, el público tiene la palabra.

Caramanchel.

Correspondencia de España

LOS ESTRENOS

LOS TIMPLAOS

Si yo tuviera por costumbre caer del lado de la suavidad lisonjera, *sirena engañadora*, y me dejara llevar de la simpatía y amistad que tengo para Eusebio Blasco y para Fernández Shaw, de la gran consideracion literaria que á ambos populares poetas consagro, si fuera *benévolo* en la acepcion usual de la palabra, y como lo sería por mi gusto, á no creer tan desbarajustado y fuera de quicio casi todo lo

El Globo

Gacetillas teatrales

ZARZUELA

LOS TIMPLAOS, zarzuela en un acto, letra de Eusebio Blasco y Fernández Shaw, música del maestro Jerónimo Jiménez.

Quando entré en el teatro me pareció que volvía al sitio que acababa de abandonar: al salón de conferencias del Congreso. A cada paso oíanse frases propias de una conversación política. La libertad, la reacción, el pueblo, las revoluciones..., y de vez en cuando sonaban nombres gloriosos en nuestra historia contemporánea; Prim, Sagasta, Castelar, Pierrad... Luego me asomé á la sala. En una platea ví á Romero Robledo, atento al proscenio como si fuera á pedir la palabra. Saludé á muchos veteranos de la vida pública. Junto á mí estaba Hidalgo Saavedra, diciendo: «Yo estuve el 22 de Junio en la Plaza de Antón Martín. Bien se peleó entonces, y bastante abundaban entre los combatientes los hombres de levita». Dejando á un lado el número considerable de mujeres hermosas que engalanaban la platea, tenía ésto cierto aspecto parlamentario, algo parecido al local de un club, donde van á estallar las fogosidades diatribas, los apóstrofes elocuentes, las rotundas airadas catilinarias.

¿Quién producía todo aquélla? Pues el ilustre maestro Eusebio Blasco, que escribe de cosas viejas para hacernos creer que tiene los años que él asegura haber vivido, y Fernández Shaw, el pulcro literato que enciende una vela al Dios de las buenas letras y otra al diablo de los substanciosos trimestres. Reunidos ambos, concertaron poner ante la batería escénica aquellas otras baterías que salieron de San Gil hace más de treinta y cinco años, entre los clamores de la rebelión, una rebelión generosa, grande y esforzada; y, dicho y hecho, Eusebio Blasco y Fernández Shaw pensaron, planearon y compusieron la zarzuela *Los timplaos*, en la cual se pintan los accidentes principales de la vida de Madrid en aquella época, ya lejana y siempre famosa, en que eran, luz de la corte, Manolito Alvarez; esperanza del país, el conde de Reus; gloria del teatro, Julián Romea, y gala de las plazas de toros, el Tato.

Se explica la expectación predecesora del estreno de *Los timplaos*, y se explica también, por el asunto de la nueva obra, algo del feliz y ruidoso éxito que anoche obtuvo; siempre place más que la historia lejana la inmediata, porque, al oirla contar, nos parece que escuchamos relatos interesantes de nuestra propia vida.

Y ya lo he dicho: *Los timplaos* se aplaudió mucho, sobre todo en uno de los cuadros, aquel en que se pinta el levantamiento popular y se ve cómo acuden a la plaza de Antón Martín los combatientes, enardecidos por el sonar de las descargas de la tropa y dispuestos, detrás de la barricada, á verter su sangre en defensa de la libertad.

Los timplaos no es más que eso: la pintura de Madrid en Junio de 1866. Ni asunto, ni personajes definidos, ni nada que trascienda á acción teatral. Todo el interés se condensa en la multitud; las figuras pasan como las de un cinematógrafo, para dar carácter á un detalle del cuadro. Es aquello una gacetilla de antaño puesto en acción; un trozo de memorias representado. Se conoce á las gentes del pueblo, á los periodistas, á los señoritos, á los toreros de antaño. Se asoma uno á la mitad del siglo pasado para ver cómo era.

Yo no asistí á la revolución de 1866 (cuando se tienen tres años no se asiste á nada); pero anoche me pareció que brotaban en mi imaginación recuerdos que no podían existir en ella; de manera tan sobria, tan justa y tan artística están presentados los sucesos puestos en zarzuela por los ingenios de Blasco y Shaw.

El maestro Jerónimo Jiménez mereció anoche también muchos aplausos y que se repitieran dos números; pero, ¿por qué no decirlo?, echaba de menos el auditorio la inspiración, castizamente madrileña, popular de veras, del maestro Chuaca. El maestro, que sintió los primeros chispazos musicales encerrado en las prisiones de San Francisco por revolucionario; cómo hubiera descrito en el pentágrama el sentir de la gente de Madrid en aquellas épocas precursoras de la Gloriosa.

En todo movimiento de las muchedumbres hay algo de musical, que necesita para ser traducido, más que las ciencias de la composición y de la armonía, el fuego de la inspiración y del entusiasmo.

Como ya he dicho, el público aplaudió con gran calor el cuadro de la barricada, al fin del cual salió Blasco á escena. Aplaudió también el cuarteto de los *timplaos*, que es muy bonito, y la habanera que cantan los ciegos frente á Calatravas, pieza apropiadísima y de gracioso corte.

Aplaudió, en suma, á todos al concluir la obra, haciendo que se levantara el telón cinco ó seis veces para que salieran á las tablas D. Eusebio Blasco y el maestro Jiménez. No sé por qué motivo Fernández Shaw no quiso recoger la parte de gloria que justamente le correspondía.

Y ahora, cuatro palabras acerca de la interpretación. *Los timplaos* sirven para demostrar lo completo del cuadro artístico del teatro de la Zarzuela. Felisa Lázaro, Nieves González, Valencín González, Sigler, Arapa, San Juan, cuantos toman parte en la obra nueva, no teniendo ninguno papel de importancia, revelan su acierto

coadyuvando al excelente conjunto de la interpretación. Pepe Riquelme merece párrafo aparte. En el papel de Carbonero estuvo muy bien, pero resucitando la figura del *Tato* probó su verdadera maestría.

Y ahora un último y entusiasta aplauso á la dirección artística y escénica de la Zarzuela. Una buena parte del éxito feliz de *Los timplaos*, corresponde al modo perfecto como se ha presentado la obra.

El decorado de Amalio Fernández y la manera de mover los numerosos personajes y comparsas que componen aquellos cuadros, contribuyeron mucho á que los espectadores se transportaran á los lejanos días en que Romero Robledo, siendo pollo, figuraba ya en la política, y en que Hidalgo Saavedra, mi compañero de butaca, salió, arrebatado por la juventud y por el entusiasmo, á la plaza de Antón Martín, no á la pintada, sino á la auténtica, donde se batieron con bravura hace treinta y cinco años los señoritos de alta chistera y los hombres de chaqueta corta.

JUAN PALOMO

El Liberal

TEATRO DE LA ZARZUELA

«Los timplaos»

¿Quiénes son esos timplaos á que se refiere la obra estrenada anoche en el teatro de la calle de Jovellanos? Pues unos riojanos de pelo en pecho, que, con el cerebro constantemente perturbado por los vapores del vino, se presentan en la calle de Toledo, donde pasa el primer cuadro de la nueva zarzuela, mientras se prepara la revolución que estalló en Madrid el 22 de Junio de 1866; que luego, en unión de otros patriotas, se batían como fieras en la plaza de Antón Martín y que á la postre quedan horriblemente lisiados y maltrechos al final de la sangrienta refriega.

Añádase á esto los amores no muy bien definidos entre un conspirador y una florista, amores que terminan con su correspondiente boda á la conclusión de la zarzuela, y se tendrá una idea de lo que viene á ser el libro de *Los timplaos*.

También se le alcanzará á cualquiera que con tales elementos, á pesar de que en la obra domine la nota patriótica, se habla mucho de Castelar, de Prim, de Rivero, de Becerra y de Sagasta; se viste con arreglo á la moda de la época; se reproduzca fielmente la terrible lucha empoñada en la plaza de Antón Martín entre los revolucionarios y las tropas del gobierno, y se haya desplegado un gran lujo en decoraciones, muy bien pintadas por Amalio Fernández, no era fácil tarea la de promover en alto grado el interés del auditorio y crear una producción artística de indiscutibles méritos literarios.

No obstante, hay que confesar que el público que llenaba por completo la sala no cesó de aplaudir durante toda la representación, que hizo repetir varias piezas musicales y que llamó infinidad de veces á la escena á los autores de *Los timplaos*, señores Blasco (D. Eusebio), Fernández Shaw y maestro Jiménez.

La partitura que éste ha escrito es indudablemente muy superior al libro, y toda ella es en extremo original, brillante é inspirada.

El cuarteto de *Los timplaos* es una verdadera preciosidad, así como la habanera del segundo cuadro, que se distingue, tanto por la gracia de los motivos, como por el donaire de la letra.

Ambas piezas fueron repetidas, después de haber sido acogidas por la concurrencia con estrepitosas salvas de aplausos.

También produjo buen efecto la especie de concertante con que termina el cuadro de la barricada, y que, en punto á ruidosas sonoridades, puede competir hasta con la mismísima conjura de *Los Hugonotes*.

No se repitió el concertante por las dificultades escénicas que su reproducción ofrecía.

En la interpretación de *Los timplaos*, por más que no figure en la obra ningún papel de verdadera importancia, se distinguieron en primer término Felisa Lázaro, Sigler y Riquelme.

Al final de la representación salió diez ó doce veces á la escena Eusebio Blasco, y Jerónimo Jiménez dió desde su sitial las gracias al público, negándose á subir á las tablas á recibir la ovación que se le tributaba.

Al colaborador de Blasco no se le vió por parte alguna.

¿Por dónde andaba anoche el amigo Fernández Shaw?

J. A.

El Imparcial

ZARZUELA.—«Los timplaos», zarzuela en un acto y cuatro cuadros, de los señores Blasco, Fernández Shaw y maestro Jiménez.

Es esta obra un episodio de nuestras antiguas luchas políticas.

La acción pasa en Madrid en 1866. Progresistas y demócratas esperan la llegada de Prim y la sublevación de las tropas. *Los timplaos* son cuatro riojanos que vienen á tomar parte en el alzamiento.

En el cuadro primero se presentan borrachos, y cantan un cuarteto cómico, muy característico, muy típico, que valió grandes y justos aplausos á Jerónimo Jiménez y los honores de la repetición. Luego quedan relegados á último término, á pesar de que por dar nombre á la obra parecía que habían de ser las figuras de mayor importancia. Pero no. El protagonista es un carbonero que habla de Prim, de Rivero, de *La Discusión* y que echa una *soflama* revolucionaria. La guardia veterana vigila. Perico el ciego reparte clandestinamente el manifiesto del general.

Otros músicos callejeros entonan una habanera de la época, y también hacen de paso propaganda. Los pollos del tiempo con sus chisteras de ala recta, y las señoritas embutidas en los inflados miriñaques, van á misa de tropa. Pasa el «Tato», el torero de moda, admirado y adulado de todos. El motín estalla, y cae el gobierno.

De hilo ténue para enlazar estos diversos cuadros, animados y pintorescos, sirven los amores de un Don Fernando y una florista, un adorno de escritor, absorbido y borrado por incidentes y peripecias de detalle. El marco se come el lienzo. Por eso y porque la rápida y somera exhumación de estos lejanos sucesos, que han perdido con el tiempo su relativa importancia, no atraen á las generaciones nuevas ni enseñan nada á las antiguas, que se saben todo eso de memoria, se explica que *Los timplaos* no logren excitar el interés de nadie.

Así, el público se contentó anoche con satisfacer su curiosidad y entretenerse un rato, desde los dos primeros cuadros, donde se reproducen como en un estereoscopio figuras y figurines de treinta y tantos años há, y se entusiasmó verdaderamente en el cuadro tercero, que representa la lucha en la barricada de la plaza de Antón Martín. Las mujeres que gritan y arrojan colchones y sacos por balcones y ventanas, los hombres que se agitan enardecidos, el tiroteo, el ruido de la pelea, la efervescencia general, todo causa la impresión de la realidad, la ilusión de la verdad misma. El calor y la turbulencia del escenario se comunican al público, que prorrumpe en atronadora salva de aplausos á la dirección de escena y al conjunto, que han demostrado que aquí también, cuando se quiere, se sabe y se puede poner una obra. El efecto fué formidable, y si se suprimieran algunos compases finales del número, resultaría aún más completo.

Entre aclamaciones unánimes salió Eusebio Blasco, no haciéndolo su compañero Fernández Shaw. El director de escena también debió salir. Que salga. Yo le llamo. El maestro Jiménez, desde su sillón de orquesta, recibió su legítima parte de la ovación.

Este cuadro es el éxito de *Los timplaos*.

Son los principales intérpretes Felisa Lázaro—sin ocasión de lucimiento,—Pepe Riquelme, que dobla el papel y obtiene en el del «Tato» una llamada al hacer el «mutis», caracterizándole muy bien, así como el del carbonero «Manazas;» Sigler (otro «embolado» como el de la Lázaro), y Valentín González, Pablo Arana, San Juan y Sánchez, inmejorables en el cuarteto de los *timplaos*. El resto en su totalidad bien ejecutado y cada cual en figura. El decorado de Amalio Fernández, el vestuario de Gambarde-la, y toda la «mise en scene», en fin, ha cooperado al éxito de reconstitución histórica.

JOSÉ DE LASERNA.

El País

Novedades teatrales

Zarzuela

Los timplaos, zarzuela en un acto, de Eusebio Blasco, Fernández Shaw y Jiménez.

Autores tan simpáticos al público, al gran público, como los que suscriben la obra estrenada anoche en el teatro de la Zarzuela, viéronse expuestos á sufrir un doloroso fracaso, en virtud de los nunca bastante censurados escándalos de la reventa. No hay ingenio capaz de afrontar airoosamente la actitud de un auditorio que ha pagado por su billete el precio del cartel, *sexuplicado*.

Muy dignos de consideración me parecen los revendedores cuando explotan su negocio estableciendo una tarifa lícita. Constituyen, en cambio, estos voceadores de las empresas teatrales, una tiranía insufrible y un serio peligro para los autores, si su afán de lucro reviste caracteres agudos y abusivos. Deber de la prensa es denunciar cómo se despluma al público en las primeras representaciones que despiertan alguna expectación, y vaya por delante de mi revista la protesta contra el sistema, contra el inveterado caciquismo de la reventa, mortal de necesidad para los mismos que lo consienten, lo alientan ó lo nutren con desaprensión sin límites.

¡Inútil protesta, porque todo seguirá igual. Las autoridades no se enteran de estas pequeñeces...

Los timplaos vencieron, sin embargo. La atmósfera hostil que reinaba en la sala, por obra y gracia de los revendedores, fué cediendo á medida que avanzaba la representación, y dióse todo al olvido ante aquellas escenas de sugestiva amenidad, cautivadoras por esa *difícil facilidad* que solo es patrimonio de los maestros.

Cuatro riojanos de pelo en pecho que van á Madrid á pelear en las barricadas que hicieron memorable el año sesenta y seis, dan título á la zarzuela. Un carbonero conspirador, que Pepe Riquelme caracteriza con fina *vis cómica*; un periodista y la novia de este periodista, vendedora de la calle de Toledo, á cargo de señorita Lázaro, que estuvo afortunadísima, forman el arsenal de la época de que han echado mano Blasco y Fernández Shaw, para componer uno de los episodios de más visualidad y elegante ligereza que he visto hace algunos años.

El género chico adolece de una monotonía de procedimientos y recursos que es causa de su decadencia. *Los timplaos* rompen los gastados moldes del teatro por horas. No hay allí tiradas á lo Sellés. No se persigue el chiste á todo trance. El retruécano no apunta siquiera en el diálogo, suelto y animado siempre.

Blasco ha llevado al libro su amenidad de cronista, su culto y poderoso ingenio literario. Fernández Shaw lo ha engalanado con sus dotes de poeta sentido, sin hojarasca y sin rigo.

La pincelada es sobria y exacta. Las siluetas rápidas. Las alusiones á los principales héroes de la jornada del sesenta y seis, algunos de los cuales gozan de buena salud todavía, hábil y discretamente deslizadas en las conversaciones de la calle. Asistimos á la resurrección del *Tato*, torero de moda á la sazón, que valió á Riquelme una llamada á escena por lo bien parodiado del tipo.

El maestro Jiménez ha puesto á *Los timplaos* una partitura de gran fuerza. La música tiene ambiente, inspiración y gracia. La entrada de los timplaos sirve de motivo al compositor para un número lleno de color y vida. En las coplas del segundo cuadro sirve Jiménez la situación con talentosa propiedad. El tercer cuadro, musical y revolucionario todo, es una página sencillamente admirable.

En otras ocasiones atreviése este irreverente revistero á señalar faltas al distinguido autor de *El naufragio de San Simón*. El Jiménez de *Los timplaos* me parece de perlas y lo digo.

El decorado de Amalio, la dirección escénica de Pepe Riquelme y la inteligente intervención del director artístico de la Zarzuela Sr. López Silva, dignos son también de los mayores elogios; y observe la imbécil *currinchería* cómo no hay bombo que se me quede en el tintero cuando honradamente creo que debo aplaudir una obra.

Vengan *Timplaos*, y sienta plaza de alabardero.

Juan Rana.

El Nacional

LOS ESTRENOS

ZARZUELA.—*Los timplaos*

Prestándose el asunto á la fácil conquista del aplauso, y desarrollándose la acción en ese ambiente que entusiasmo á las muchedumbres, no han sabido triunfar dos escritores de tanto nombre como los señores Blasco y Fernández Shaw.

Han llevado á la escena un episodio de nuestra vida nacional, que la generación próxima á extinguirse nos ha descrito con minuciosidad de detalles interesantísimos y conmovedores.

El Madrid del 66, con su impresionabilidad, sus vehemencias y sus ideales, había de encontrar una acogida simpática en el Madrid del 90. Aquella época de revueltas tiene mucho de sugestiva para la generación presente, y los autores de *Los timplaos* no han sabido aprovecharse de tan indiscutibles ventajas.

Y que esto es verdad lo prueba el entusiasmo con que aplaudió el público el cuadro tercero, en que se pinta el desbordamiento de las pasiones populares cuando la famosa jornada de la plaza de Antón Martín. Las descargas, los gritos de la pelea, el ambiente que se respiraba en las barricadas enloqueciendo á los combatientes, que morían á mataban al grito de ¡Libertad!; las mujeres prestando su poderoso auxilio á los heridos y facilitando el mobiliario de sus casas para hacer barricadas, que se oponían al impetuoso avance de las tropas, todo, todo ese cuadro está maravillosamente dibujado. Es decir, en *Los timplaos*, salvo la música, no hay nada bueno más que la parte en que los autores hacen callar á los personajes, dejándoles que expresen por la mímica el estado de su ánimo.

Hay que reprochar también á los autores, y principalmente á Eusebio Blasco, el que nos traigan de la Rioja cuatro borrachos, á fin de presentarlos como los mantenedores del principio de libertad y personificar á los que dieron ejemplo de su arrogancia y su bravura en la memorable jornada de la plaza de Antón Martín.

Item más, está muy feo el autobombo del señor Blasco, aprovechando la oportunidad para incluirse entre los héroes de aquel tiempo.

Es muy aceptable el cuarteto de *Los timplaos*, y muy graciosa la habanera que cantan los ciegos frente á Calatravas.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

La interpretación fué buena en conjunto. El señor Riquelme tuvo poca fortuna presentándonos el tipo del Tato; lo mismo pudiera ser el Chiclanero que Algabeño Chico. Quien merece un sincero aplauso es el director de escena, y también la Empresa por su desprendimiento para contribuir al mejor éxito de la obra.

Muy bien el maestro Jiménez.

PILATOS.

Heráldo de Madrid

ZARZUELA

LOS TIMPLAOS

Maitre Blasco, enamorado, sin duda, del efecto teatral que produciría llevar á la escena una barricada callejera, prescindió de distribuir equitativamente entre todos los cuadros de la obra *Los Timplaos* el grande interés que despierta la lucha en la plazuela de Antón Martín entre los entusiastas del general Prim y los defensores de O'Donnell.

El asunto era hermoso, y Blasco, narrador incomparable, se ha limitado á relatar algunas escenas de las que constantemente se desarrollaban en aquellos días de los moderados y de la Unión liberal y á que pasaran ante los ojos del público, como en rapidísimo cinematógrafo, cuadros y personajes entonces populares, sin que al desenvolvimiento de la obra se asocie una interesante acción dramática.

Eusebio Blasco puede como nadie comenzar para el teatro una serie de *Episodios Nacionales*, resucitando aquella época que para la presente generación tiene ya valor histórico, desde el año 66 hasta la Restauración.

Las grandes figuras de la Revolución, los de última fila, pero también personajes, como el *Carbonerín*, *Pucheta*, el estanquero de la calle de Atocha y muchos más, y el tipo del casi profesional barricadero, forman inagotable cantera, que puede proporcionar á Blasco materiales para numerosos caracteres nuevos y completamente desconocidos por nuestros actuales conciudadanos.

Labor meritoria hará D. Eusebio recordando hoy á los que acudan al teatro que, si pueden entrar y salir cuando les venga en ganas, reunirse, hablar y transitar por la noche sin recibir feroces palizas, visitas domiciliarias y formar parte de las tristísimas cuerdas de deportados á Chafarinas y al Archipiélago filipino, es merced á los sacrificios de aquellos que, al grito de ¡viva la libertad!, se presentaron, como blanco á los fusiles, detrás de las barricadas ó delante de las tapias del Retiro, donde por mucho tiempo quedó una cruz negra en recuerdo de tristísimo día.

Pero volvamos á *Los Timplaos*, que fueron muy aplaudidos, aun no habiendo usado Blasco y su colaborador Shaw los resortes escénicos que tan bien conocen.

El cuadro de la barricada valió una verdadera ovación á los autores, respondiendo el público á la animación de la escena con gritos de entusiasmo y vivísimo palmoteo.

La partitura, del maestro Jiménez, descubre la inspiración del autor y el dominio de los procedimientos orquestales.

El cuarteto de *Los Timplaos*, de factura graciosa y melodía característica, mereció los honores de la repetición.

El concertante alcanza gran sonoridad y es número brioso, muy afortunado para conseguir enardecer al público, armonizando el estampido de las armas de fuego con la voz de los coros y el tumulto instrumental.

La ejecución, excelente, desempeñando los principales papeles la señorita Lázaro y los Sres. Pepe Riquelme, Sigler, Valentín González, Pablo Arana, San Juan y Sánchez.

Admirable el vestuario, aunque alguna parte del público se riera de las estrafalarias modas del año 66, y no hay que conceder gran importancia á tales manifestaciones ni á los manifestantes que silbaron la *toilette* contemporánea que lucía una señora de la platea.

La dirección escénica, regular en el cuadro que representa la plaza de Antón Martín; y conviene hacer constar que se ha cambiado la acción, pues el asalto del improvisado parapeto se realizó desde la parte alta de la calle de Atocha, y lo aseguro porque lo vi, que es una razón de peso.

Amalio Fernández se ha lucido en las decoraciones, aunque puedo señalar una pequeña *bota* en el telón que representa la fachada de las Calatravas, que ostentaba entonces sobre la puerta de entrada al templo, en lugar de los atributos por él pintados, un retrato del Rey D. Francisco, entregando no recuerdo bien qué ofrenda á la Santa Madre de Dios

SAINT-AUBIN.

UNA CARTA DE CHUECA

Ha dicho el distinguido crítico de *El Globo*, al hacer la revista del estreno de anoche en la Zarzuela, que el auditorio echaba de menos la inspiración, castizamente madrileña, popular de veras, del maestro Chueca.

El ilustre maestro compositor, después de leer *El Globo*, ha escrito á nuestro compañero Arpe la siguiente carta, que le honra sobremedida y que es una prueba clara de que el genio y la modestia pueden ir juntos:

«Amigo Arpe: Acabo de leer en *El Globo* que la música de *Los Timplaos* la hubiera sentido yo mejor. Esta apreciación del distinguido crítico que ha hecho la revista en el popular periódico de la mañana, no puedo menos de agradecerla; pero desde luego confieso, y ruego á usted que lo diga en el *HERALDO*, que el maestro Jiménez, superior en inspiración, talento é instrucción musical *triplemente* más que yo, ha cumplido su cometido y ha dado una *estocada por todo lo alto*; por lo cual le felicito y le doy la mano, celebrando su triunfo de anoche.

A usted, que sabe que soy amigo y admirador de Jerónimo y de Francisco Rodríguez, le ruego exprese en dos líneas mi modo de pensar en este asunto.

Gracias de su afectísimo amigo, *Federico Chueca*.»

La Época

En la Zarzuela.—LOS TIMPLAOS, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, letra de los Sres. Blasco y Fernández Shaw, y música del maestro Jiménez.

Desde Pero Grullo acá se ha tenido por verdad evidente que lo primero que se necesita para guisar una liebre es tener la liebre. Eusebio Blasco desmiente victoriosamente este axioma perogrullesco. En *Los Timplaos* hay de todo, menos asunto: es, como decía no sé quién, un artículo de *Gente Vieja* representado, una crónica amena, como todas las que escribe el ilustre *chroniqueur*, con unos cuantos caireles poéticos, obra sin duda del Sr. Fernández Shaw, que modestamente se negó anoche á presentarse en escena, y algunos flecos musicales compuestos por el maestro Jiménez.

Los Timplaos comprende una serie de cuadros en que se nos presenta la vida callejera de Madrid en aquellos días del año 66, cuyo hecho culminante es la jornada del 22 de Junio. Allí salen damas con mirriñaque, conspiradores, *Perico el Ciego* y el *Tato*; se habla de Tamberlick, el cantante entonces de moda; de *La Discusión*, *La Iberia* y *La Democracia*, de Calvo Asensio, Ribero, Prim y Pierrad. Se nos hace presenciar la lucha en las barricadas del pueblo contra la tropa y oír el célebre

*No me lleves á Pol,
que me verá papá...*

Esto, que no es todavía antiguo, es, sin embargo, viejo; lo que explica, en mi opinión, el poco interés que todo aquello inspira á la generación presente. Claro es que, si en vez del público un poco escéptico y burlón de nuestros días, hubiera estado anoche el teatro de la Zarzuela lleno de contemporáneos de D. Manuel Becerra y de Calvo Asensio, los aplausos de cortesía con que fué saludado Blasco lo hubieran sido de entusiasmo, que muy del gusto de los viejos es recordar los hechos de su juventud.

Y á todo esto, ¿quiénes son los *Timplaos*?

Los *Timplaos* son cuatro riojanos, tan borrachos como valentones, que, por lo visto, se batieron valerosamente contra las tropas del Gobierno el día 22 de Junio. En la crónica representada de Blasco intervienen como figuras decorativas. El argumento del sainete, si es que pueden considerarse como argumento los amores de la Lázaro y de Sigler, una vendedora de flores y un periodista, podría pasarse perfectamente sin los *Timplaos*.

Así y todo, la obra obtuvo buen éxito, debido en gran parte al músico y á la dirección de escena. El cuadro de la barricada está muy bien representado: de lo mejorcito que hemos visto en escena. Los artistas, vestidos con mucha propiedad y declamando con acierto, particularmente Riquelme, que puso toda su alma en los dos papeles que anoche representó. Muchos defectos pueden perdonársele á este artista, por el amor con que trabaja.

ZEDA.

Diario de la Marina
TEATRO DE LA ZARZUELA

Los Timplaos.

La nueva obra de Eusebio Blasco y Carlos Shaw, estrenada anoche á segunda hora en este teatro, es de aquellas que, sin tener argumento complicado, ni esos amores exageradamente románticos entre la clase del pueblo tan usuales hoy en el género chico, ni abundando en su diálogo los estrafalarios chistes muy socorridos para producir seguro éxito, se distingue por el interés de su acción, la verdad de sus personajes y la vis cómica del mejor gusto, manteniendo al espectador en una constante curiosidad que no le abandona hasta que cae el telón.

Los Timplaos es un episodio de nuestras luchas políticas, tan frecuentes hace treinta y cuarenta años, y cuya nota patriótica nos obliga á sentir muy hondo, respirando con más holgura y llenando nuestro espíritu de ese perfume embriagador que acompaña siempre la enseña de la libertad.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Es un jirón de cielo azul, de tonos briosos, esmaltado con una versificación gallarda y armoniosa y cuyos tipos están arrancados del mismo natural.

En la obra salen chulos... muchos chulos, ya lo creo; pero esta vez, ¡gracias á Dios! hablan y se mueven como hombres de carne y hueso, no como fantoches.

No emplean jamás el retruécano ni retuercen la frase hasta el punto de parecer un gergolífico ininteligible y estrambólico.

Por otra parte, habilidad grande se necesita á nuestro juicio al tratar un asunto tan escabroso para mantenerse dentro de los justos límites sin exagerar la nota patriótica, demostrando sus autores con esto tanto ingenio como acierto y conocimiento de la escena.

De allí se sale para la revolución.

La música, acompaña perfectamente al libro, si bien es fuerza convenir en que lo mejora en un tercio.

Todos los números son bellísimos; el cuarteto de *Los Timplaos*, original, travieso y ligero.

La habanera, graciosísima y popular, é inspirado y hermoso el concertante del cuadro tercero maravillosamente instrumentado.

Este solo número bastaría para hacer la reputación de un sabio *virtuoso*.

El público premió tal esfuerzo de ingenio tributando al maestro Jiménez una ovación estruendosa.

La interpretación muy buena por parte de todos los actores.

Felisa Lázaro, hizo una Salvadora discretísima, y Pepe Riquelme caracterizó al famoso matador el *Tato* de modo inimitable y el tipo del *Carbonero revolucionario*, con acierto y perfección.

Amalio Fernández ha derrochado en los lienzos una gran parte de su talento artístico, haciendo un decorado fiel. La *mise en scene*, tan hábilmente dirigida por López Silva como hace muchos años no habíamos visto en ningún teatro de este género.

Los autores de la obra y el maestro Jiménez tuvieron que presentarse multitud de veces en el palco escénico entre las aclamaciones y vítores entusiastas de la escogida concurrencia que llenaba el afortunado teatro.

Mi enhorabuena á todos.

J. M. Novo.

Heracles Mitilata

Zarzuela

Los Timplaos, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, prosa y verso original de don Eusebio Blasco y D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro D. Jerónimo Jiménez.

Mucho movimiento, mucha luz, mucho traje, mucho griterío y mucho «tifus» en la sala, esta es toda la obra que anoche se estrenó en este teatro.

Eusebio Blasco, maestro insigne en literatura, autor dramático, altamente dramático recibió anoche del público una muestra de respeto y admiración; pero nada más, no puedo suponer que se creyera ni por lo más remoto que aquellos aplausos eran premio á su labor de anoche, no; «Los Timplaos», no merecen, ni una muestra de aprobación; es un cuadro patriótico del año 66, muy bien descrito, pero nada más.

Esa obra hace cuarenta años, quizá hubiera entusiasmado al público que aun recordaba los gritos que Blasco pone en boca de los personajes de «Los Timplaos», el público de hoy es muy distinto, siente de muy contraria manera que el de aquellos tiempos y no hace más que recordar... los que recuerden aquellas hazafias y aquellos levantamientos de que nos hablaban nuestros abuelos en sus ratos de ocio.

Estos asuntos, como digo, han pasado de época y no cuajan en nuestro teatro, y menos en el «género chico».

El tercer cuadro es en realidad, toda la obra, y no es nada.

De modo que D. Eusebio ha estado esta vez muy desacertado; pero mucho, y no ha hecho, sino dar una ocasión para que se luciera el músico, como en efecto lo hizo, porque toda la partitura es una página musical que honra el talento del maestro Jiménez, que ha puesto todo su sentimiento en su trabajo.

El público le aplaudió mucho é hizo repetir dos números.

Las decoraciones no gustaron tampoco, ni tenían por qué gustar, siendo una de las pocas veces que he visto que no haya salido el pintor escenógrafo á instancias del público ó espontáneamente; anoche, afortunadamente, no ocurrió lo uno ni lo otro.

Los trajes y la escena también dejaron bastante que desear, y los actores y actrices que interpretaron «Los timplaos», dejaron más que desear, si bien es verdad que ninguno tiene «apel» para lucir sus facultades, á excepción de Gonzalito, que en un número de música se equivocó tres ó cuatro veces, y tardó en entrar otras tantas. Y supongo que López Silva, que ha ido á aquel teatro como regenerador, le habrá impuesto una

multa, porque pudo provocar un conflicto con tales faltas.

Riquelme, como siempre, ó peor «haciendo» de gracioso sin serlo.

De ellas .. ni puedo ni quiero decir nada.

En resumen, «Los Timplaos» que eran la «esperanza» de Berriatúa, deben haber puesto á este señor muy mal humorado al ver, la imposibilidad conque los recibió el público.

Lo siento por el veterano maestro Blasco

ZERÁWS.

Teatro de la Zarzuela

«LOS TIMPLAOS»

Con buen éxito se estrenó anoche en el teatro de la calle de Jovellanos la zarzuela en un acto y cuatro cuadros; *Los timplaos*, original de los Sres. Blasco, Fernández Shaw y maestro Jiménez.

La obra representa un episodio de las luchas políticas de 1866.

La acción pasa en Madrid. Son los *timplaos* cuatro riojanos de pelo en pecho que vienen á tomar parte en el alzamiento de Prim, y que después se batan como fieras en la plaza de Antón Martín.

En el desarrollo de la obra se intercalan los amores de una florista y un conspirador, amores que terminan en boda.

Con tales elementos, y con una hermosísima partitura, no es extraño que la nueva zarzuela obtuviese un éxito franco y ruidoso.

Gustó mucho el cuadro tercero, que representa la lucha en la barricada de Antón Martín.

La música, como antes decimos, es superior al libro, y merecen citarse el cuarteto, la habanera y el concertante del cuadro penúltimo.

En la interpretación distinguiéronse Felisa Lázaro, Sigler y Riquelme.

TEATRO DE LA ZARZUELA

LOS TIMPLAOS, letra de D. Eusebio Blasco y D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Jiménez.

Así reza el cartel y así lo repito; pero la verdad es que á mí me pareció, y cuanto más pienso en ello más lo creo, que el libre es sólo de Eusebio Blasco.

Y contribuyen á afirmar mi creencia é sospecha de que Fernández Shaw ninguna participación tenga en el libre, dos hechos. El primero, que éste carece del desarrollo propio del asunto elegido, advirtiéndose

en él a simple vista grandes lagunas; y el segundo, que Fernández Shaw no se presentó ni una vez siquiera en escena.

Diríase que después de escrita la obra habíase decidido, por unas u otras razones y a última hora, a extraer el original de Fernández Shaw, dejando, sin embargo, el anuncio como estaba, para evitarse así explicaciones al público.

De esta suerte se comprende que, más que libro para una zarzuela, sea tan sólo una crónica de las que Blasco escribe diariamente, puesta en música, lo que anoche el público vió y aplaudió. Y se explica también así que el maestro Jiménez fuese el más aplaudido de los dos, porque apenas si la letra se oye entre el fragor que produce la tempestad deshecha de corcheas y semi-corcheas, y fusas y semi-fusas que el compositor ha lanzado sobre el indefenso libro.

Si yo pudiera permitirme dar un consejo á autor dramático de la importancia y del valer de Blasco, diríale que no abordase nunca tema semejante al que en esta ocasión ha elegido.

Llevado al teatro en la forma que lo hace y para una zarzuelita de ese género, más que ensalzarlos, parece que trata de poner en ridículo los sentimientos patrióticos y liberales que con tanto éxito y entusiasmo ha defendido durante la mayor parte de su vida.

Solo me resta decir que la concurrencia que ocupaba todo el teatro aplaudió extraordinariamente en el transcurso de la obra, y los Sres. Blasco y Jiménez salieron á la escena repetidas veces.

Arturo Perera.

Correspondencia de Madrid

CÓMICOS Y ARTISTAS

“Los timplaos,”

En 1.ª Zarzuela.

Parece que ha caído una maldición sobre la presente temporada teatral; los grandes, los gordos, las primeras firmas sufren equivocaciones con premeditación, alevosía, nocturnidad y á veces ensañamiento, puesto que las obras siguen en los carteles durante muchas noches á pesar de los pesares.

Descartemos á Jiménez que escribió de buena fe una partitura inspiradísima, en la que brillaban números de admirable efecto como el concertante de las barricadas, digno de estar colocado en una obra de más mérito que *Los timplaos*. El maestro Jiménez escuchó muchos aplausos; en mi concepto, muy justos.

También hubo aplausos para la letra, muchos aplausos—no olvidemos que el teatro de la Zarzuela tiene fama de haber construido los exitazos más locos de la historia teatral—hubo muchos aplausos, y... forzoso es decirlo, no fueron justos, no.

Eusebio Blasco ha sido para el teatro español, lo que Sardou para francés; ha dominado los efectos teatrales como ningún otro, y de poeta fácil llevó siempre la palma; tiene escritas, estrenadas y aplaudidas muchas, muchísimas obras teatrales, y, sin embargo, *Los timplaos* es más que una equivocación; es un paso en falso, con fractura. ¿Y Fernández Shaw? ¿No vió al nacer la obra sus defectos?

El otro poeta laureado, tantas veces aplaudido, colaborador sempiterno y lector sin igual, ¿no pudo conocer al escribir *Los timplaos* que no tenían dentro nada? Era un rompecabezas: ¿Dónde está el argumento?—No salió—como dicen en *Los africanistas*.

El teatro de la Zarzuela va haciendo al público el efecto que á los niños hacen las muñecas baratas; cuando se inauguró la temporada, todos creían en un porvenir teatral que ofrecía aquel coliseo, y luego se ha visto que dentro, ¡oh, dolor! no había más que serrín.

Ayer, Ramos Carrión y Chapí; hoy, Blasco y Fernández Shaw; los colosos, las montañas.

Recuerdo con pena *el parto de los montes*.

Do de Lara.

Al Día

Teatro de la Zarzuela

LOS TIMPLAOS.—Episodio lírico-dramático en un acto y cuatro cuadros. Autores de la letra, D. Eusebio Blasco y D. Carlos Fernández Shaw. Música del maestro Jiménez.

La obra estrenada anoche con verdadero y ruidoso en el teatro de la Zarzuela, es lo que pudiera llamarse «drama de bastidores» correspondiente á un gran suceso político revolucionario.

Hasta el título de *Los timplaos* que lleva la obra en cuestión, es un detalle; los cuatro riojanos que vienen desde Logroño para luchar contra la reacción al lado de los patriotas madrileños, aparecen *intoxicados* (como diría un *poliseman* londonense) en el cuadro primero; cantan un número de música muy bonito y que fué muy aplaudido; se eclipsan y reaparecen en el último cuadro demostrando su consecuencia con un empalme de *merluza*, compañera inseparable de sus entusiasmos patrióticos.

El maestro Blasco ha vivido aquella época que precedió a la revolución de Septiembre y, en colaboración con el insigne literato y anti rípioso verificador Carlos Fernández Shaw, ha compuesto un libro en el que hay situaciones aisladas y tipos copiados del natural de mano maestra.

El *manazas*, los lechuguinos, Perico el ciego y *El Tato*, son caracteres retrospectivos que constituyen un éxito nada más que con el modo de presentarlos. Riquelme caracterizó muy bien el primero de los personajes mencionados; pero al reproducir en la escena al *Tato*, olvidóse el aplaudido autor de que el hijo político de Curro Cúchares, fué, en su tiempo, el *árbitro* de la elegancia... torera.

El *clou* de la obra es el final del cuadro tercero que representa la defensa de una barricada en la plaza de Antón Martín en la mañana del 22 de Junio de 1866. Como efecto escénico, es de los mejores que se han presentado desde hace mucho tiempo en el teatro. El público aplaudió estrepitosamente aquella lección de energía patriótica dada á 35 años de distancia. Hasta Romero Robledo aplaudió desde una platea, recordando sin duda la participación que debió tener en aquellos sucesos, en clase de capitán Araña.

Debo confesar que la evocación de la lucha entablada por los revolucionarios de buena fé de la plaza de Antón Martín, no pudo apartar de mí mente el recuerdo del cruel é innecesario crimen cometido pocas horas antes en el Cuartel de San Gil, donde la sangre de once heroicos oficiales de artillería, puso un sello de afrenta á lo que debió

ser gloriosa, pero que resultó inícuca jornada. Y es que, según la frase Shakespeariana, toda el agua del Oceano es insuficiente para lavar la mancha que produce la sangre villanamente vertida.

El maestro Jiménez ha acertado en la música de *Los timplaos*. El cuarteto del cuadro primero y la *habanera* del segundo, que fueron repetidos en medio de grandes aplausos, son dignos de la reputación del inteligente y estudioso maestro. En el ruidoso número colocado al final del cuadro tercero, el maestro Jiménez se ha acordado *una mijita* de que el chico de los de Meyerbeer escribió una cosa llamada la *conjura* de *Los Hugonotes*.

La ejecución de la obra, admirable sin reservas de ningún género. Allí no hay *embolados*; porque la acertada dirección escénica obtiene el verdadero resultado, á saber, el efecto de conjunto. Para no incurrir en omisiones, envío mi aplauso al director de escena y á todos los artistas que han secundado su labor altamente meritoria.

Eusebio Blasco y el maestro Jiménez salieron á escena diez ó doce veces para recibir los aplausos del público. El Sr. Fernández Shaw no fué habido pero es de esperar que se presente cuando sepa que el éxito alcanzado es real y positivo.

Miss-Teriosa

*

CRÓNICAS DEL TEATRO

«LOS TIMPLAOS»

Desde que comenzó el prelude, noté en el público ganas de «meterse» con la obra, y durante la representación se confirmaron mis sospechas.

Los estrenos van siendo jolgorio de plazuela, y es ya intolerable ver patear las obras desde las primeras escenas, cuando sólo hay motivo para oír, ver y callar.

Pero, en fin, no insistiré por no incurrir en las iras de los *morenos*, quienes, justo es decirle, fueron pronto dominados por los muchos aplausos con que el público de buena fé premió en todos los cuadros á los autores de la letra y de la música, obligándoles á presentarse en escena ininidad de veces.

El éxito, pues, fué grande, más grande de lo que la obra merecía.

Los timplaos ni tiene argumento, ni es el argumento lo único que falta en la zarzuela de Blasco y Fernández Shaw.

Lo que hay en ella es un cuadro segundo de una asombrosa realidad, de un colorido admirable, de mucho «ambiente». Las Calatravas del año 66, con sus corrillos de pisaverdes, su *Perico el ciego*,regonador de romances y repartidor de proclamas, sus marquesas tocadas de flamenquismo y su visión del *Tato*, están que ni pintadas. La *habanera* es un precioso motivo musical, muy bien aprovechado por el maestro Jiménez. Pero lo que falta en *Los timplaos* son... los *timplaos*. Aquellos cuatro ríojanos no salen al público más que dos veces, no hacen más que cantar su jota... y, valgan verdades, amigo Blasco, con esto no hay para una zarzuela.

El cuadro de las *barricadas* es, contra lo que sostienen muchos, poco *teatral*. Mejor dicho, cansa por lo muy *teatral* que han querido hacerle.

Y el final, que sobra completamente, demuestra que los autores se hartaron de escribir, y... allá te va eso.

En mi opinión para nada hacia falta el cuadro último, ni los amores del escritor y de la florista. Bastaba con el cuadro primero, como exposición; con el segundo, como *enjundia*, y con el tercero, como desenlace.

La música, aparte de la *habanera*, que es un primer, y de la jota, que tiene sonoridad y valentía, no me parece gran cosa.

Los *timplaos*, con un poquito más de trabajo, hubieran sido una hermosura; así, escritos con pereza, son un lío. Pero un lío que tiene dentro cosas muy bonitas.

EL BACHILLER SANTA-CLARO.

84

La Patria

Los estrenos

2
Dic
62
1901

El último acontecimiento teatral ha sido el estreno efectuado en la Zarzuela la noche del viernes de la obra en un acto y cuatro cuadros, letra de Eusebio Blasco y Carlos Fernández Shaw y música del maestro Jiménez, que lleva por título *Los timplaos*.

En los primeros momentos de la representación pudo creerse que la noche sería de las sensacionales a causa de la inexplicable actitud de revuelta y animosidad en que se demostró una gran parte del público; no obstante, y sin que una razón poderosa llegara a justificar tampoco el cambio que se inició, dicha actitud desapareció completamente para dejar su puesto a un entusiasmo que respeto, aunque no pude explicármelo.

En realidad no creo, ni con mucho, que *Los timplaos* constituyan una equivocación, aunque no falta quien opina lo contrario; es una obra donde tal vez se ha prescindido indebidamente del asunto para dar más amplitud a los detalles; este es su defecto; por lo demás, tiene admirables tonos de verdad y está combinada escénicamente con inimitable maestría; la escena de la barricada debía conquistar al público, y logró la conquista.

Es cierto que de Eusebio Blasco y Fernández Shaw hubiera podido esperarse más; pero si esto es justo, no lo es afirmar que se hayan equivocado. Se han limitado a buscar el efecto del cuadro, descuidando el interés. Esto es todo.

El maestro Jiménez ha hecho para *Los timplaos* una partitura inspirada y con más acierto que los autores del libreto; sobre todo en el concertante de la barricada, el cual fué ovacionado con justicia.

Los actores hicieron... lo que podían hacer, que no era mucho; la señorita Lázaro, Riquelme y Sigler, como siempre. El director de escena debió salir al proscenio, pues su trabajo contribuyó en mucho al éxito de la obra. Las decoraciones admirables.

Y finalmente, aunque *Los timplaos* no sea una obra de las que hacen época, llevará mucho público á la Zarzuela, y no falta razón para ello.

La Bomba

Teatros

LOS TIMPLAOS

Obra del maestro Blasco, Fernández Shaw y Jiménez, estrenada anteanoche en el teatro de la calle de Jovellanos.

Los protagonistas son unos riojanos que, llevados de su entusiasmo por la libertad, se presentan en la calle de Toledo (primer cuadro de la zarzuela) mientras se prepara la revolución del 22 de Junio del 66. Los riojanos, en unión de otros exaltados, se pelean bravamente detrás de las barricadas levantadas en la plazuela de Antón Martín, y sucumben al fin de tan sangrienta refriega mutilados por las balas del ejército.

Como no hay obra sin boda, también en el argumento de *Los timplaos* juegan papel muy importante los amores entre una florista y un furibundo conspirador, amores que acaban con su natural y lógico desenlace, en la vicaría.

Como se ve, el argumento no es de los que entusiasman, á pesar de que los autores han entretejido en su desarrollo frases patrióticas que los de las galerías suelen aplaudir á rabiár.

Resulta un cuadro de efecto muy animado la lucha empeñada en la plaza de Antón Martín entre los revolucionarios y las tropas del gobierno, y muy lujosas y apropiadas las decoraciones pintadas por Amalio Fernández.

La producción no puede considerarse, ni mucho menos, como una joya literaria; pero esto no obstante, el numeroso público que llenaba la sala, no cesó de aplaudir durante toda la representación, llamando a escena infinidad de veces á los maestros de la nueva producción que, como es sabido, son de cartel y gozan de simpatías entre el público de la Zarzuela.

La partitura del maestro Jiménez es muy superior al libro. Todos los números musicales fueron justamente celebrados por su originalidad, brillantez é inspiración.

Pueden considerarse como números sobresalientes, el cuarteto de *Los timplaos* y la habanera del segundo cuadro, muy originales y de una factura irreprochable. El público los hizo repetir entre estruendosos aplausos.

Lo que menos nos gustó, aunque entre la concurrencia produjo excelente efecto, fué el concertante con que termina el cuadro de la barricada, porque su instrumentación, muy sonora por cierto, deja bastante que desear y resulta un tanto ingrata al oído.

De la interpretación nada hemos de decir, con saber que corrió á cargo de los artistas más distinguidos de la compañía; la Lázaro, Sigler y Riquelme obtuvieron justos aplausos y al resto de los artistas que tomaron parte llenaron cumplidamente su cometido.

Los Timplaos darán muchas entradas al coliseo de la calle de Jovellanos.

4P Paris

LO QUE CORRE POR LOS TEATROS

Los críticos y "Los timplaos,"

La *cátedra* parece que no se ha entusiasmado con *Los timplaos*. Todos los críticos han tocado el bombo con ciertas reservas, quitando hierro al éxito franco y merecido que la obra obtuvo. Ellos tan benévolo, tan propicios á diario al adjetivo ditirámico, han puesto esta vez ceño adusto á una primosísima zarzuela que honra al género chico.

Siento no haber coincidido con mis queridos amigos y compañeros, pero no lo puedo horar. Con mi revista me quedo, en mis calurosos elogios á los *Los timplaos* insisto, y no rebajo nada. Antes al contrario, reincido en mi humilde aplauso á Blasco, Fernández Shaw y Jiménez, y les tiendo la mano, rogándoles que echoquen esos cinco.

¡Así se escribe la historia! No como escribieron sus *Timplaos* Blasco y Fernández Shaw, sino como lo han hecho Laserna, Zeda, Arimón, Caramanchel y Juan Palomo, únicos revisores que he leído en la ocasión presente. Puesto que en *Los Timplaos* no hay apenas asunto, ni caracteres bien definidos, ni interés siquiera,

han fallado estos sesudos varones de la crítica que la obra es floja, cosa de poca importancia artística...

Digan lo que quieran los termómetros de la prensa, pienso que Blasco y Fernández Shaw han escrito la obra que se propusieron.

El pensamiento de *Los timplaos* no es otro que ofrecer al público, en el transcurso de un acto, una rápida visión artística del Madrid viejo, inquieto, entusiasta, luchador, que rendía culto á la libertad sin los excecpticismos decadentes del Madrid de nuestros días. La jornada del 22 de Junio del 66 tiene grandesa histórica y fuerza dramática suficiente para ser llevada al teatro. El interés, el asunto, allí estaban, y entendiéndolo de este modo Blasco y Fernández Shaw, edificaron su obra resucitando con fino instinto de observación figuras y conversaciones de la época, que preparan hábilmente la situación plástica del tercer cuadro, la barricada de la plaza de Antón Martín, que constituye la finalidad del episodio.

La trama de *Los timplaos* es muy ligera ciertamente. Fuera de la acción que da sabor y carácter á la zarzuela, sólo juegan unos amores que quizá por no resultar una lata erótica han parecido *poco definidos*. Por lo visto se echaba de menos la *tirada*, el *duo de amor*, la cursilería sempiterna del teatro por horas.

Yo aplaudo á Blasco y Fernández Shaw, precisamente por aquello mismo que no ha sido del agrado de los señores del margen.

La comida de las fieras, de Buavente, y cito á este autor por la gran estimación literaria que merece á todo el mundo, carece de ese argumento interesante requerido por la crítica que juzga *al peso*, y *La comida de las fieras* es una admirable comedia, sin embargo. En el moderno repertorio francés é italiano suele no pasar nada tampoco, y ya quisiéramos para los días de fiesta alguna obra de aquellos teatros, tan florecientes y celebrados que han llegado á ser cosmopolitas.

No desfiendo *Los timplaos* precisamente. Contradigo las razones expuestas por los críticos aludidos para regatear condiciones dramáticas á la zarzuela. En todo caso, veo en el libro de Blasco y Fernández Shaw una simpática bandera de buen gusto, ya que ambos excelentísimos literatos pintan con elegante donaire tipos nuevos y costumbres dignas de recordación por el saludable ejemplo que entrañan, relegando al más justo olvido chulos aburridos, guardias agallegados, Julistas de guardarropía, murguistas hambrientos y demás cohorte del género chico.

Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á *Los timplaos*, obra gallardamente hablada, de tendencias sanas y ambiente muy liberal, por lo que me felicito y felicito á los autores, «cuya vida guarde Dios muchos años.»

Juan Rana.

España Artística

"Los timplaos"

Que Eusebio Blasco y Fernández Shaw son pecadores de haber intentado con- mover al público con el recuerdo de pa- sadas intrigas y luchas libertarias, exal- tarle con el agudo repique de las cornetas de órdenes y el tableteo de la fusilería y producirles emociones con el espectáculo de una lucha heroica y casi suicida...

En eso convenía el público que pre- sentiaba el estreno de dicha obra, y con él estamos conformes para censur- ar en los citados autores, que tan á la perfección conocen el modo de vencer en lides escénicas, sin grandes heroismos ni esfuerzos de titanes, que hayan buscado esos efectos de melodramas que arreba- tarían á los abonados á Novedades, para obtener el éxito que, si bien aparatoso, satisfacía el bolsillo más que el amor pro- pio de los autores.

Hay en la obra cuadros efectistas de los que tanto gusta al público de las *al- turas*, y con esto y decoraciones lindísi- mas de Amalio, trajes de lujo y una par- titura de lo mejorcito que ha hecho Gi- ménez, tenemos obra para rato.

Hay que agradecer á los libretistas esos recuerdos del tiempo viejo, que nosotros, los que ahora ponemos nuestras inexper- tas manos sobre las cuartillas, conocemos de *oídas*.

Hay que admirar al músico por las ins- piradas páginas, á las que ha dado una orquestación brillante y fluída, melódica y expresiva.

El concertante es un hermoso número digno de la fama del maestro.

La zarzuela fué bien interpretada y di- rigida archisuperiormente.

De lo primero son *culpables* Felisa Lá- zaro, Riquelme, Sigler, Arana, González y Sanjuán.

Lo segundo incumbe á López Silva, que está dando el ejemplo á otros que tienen mucho que aprender en él, y á quien aplaudo con toda mi alma.

Al músico le envío mi parabién.

A los autores del libro les agradezco el
recuerdo y les espero en otra obra que
tenga éxito menos preparado.

Carrió.
